

H. D.: semblanza y recuerdos de un alumno

por Fernando Mañé Garzón

I

En el ciclo de una serie de excelentes conferencias sobre un período muy importante de la educación nacional que bien podemos situar entre 1870 y 1940, he pedido hacer una corta reflexión sobre un educador, que ha ocupado por más de medio siglo un lugar de preferencia en la enseñanza de la historia nacional: Gibert Edouard Perret, conocido unánimemente por las iniciales de su nombre religioso, H. D., hermano Damasceno (1874-1955).

Sobre H. D. se ha escrito poco, pues poco dejó saber de sí mismo. Pero los que lo conocimos —puede decirse que bien, pues lo conocimos como maestro de primeras letras y luego como profesor de enseñanza media, así como en reiterados encuentros posteriores— creemos que ello, hasta cierto punto, nos permite y nos obliga a transmitir lo que nos sugiere su recia, adusta y ponderada personalidad, tanto intelectual como espiritual.¹

El autor. Doctor en Medicina por la Universidad de la República. Fundador y presidente de la Sociedad de Historia de la Medicina. Miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

II

Particular relevancia tiene para mí esta singular figura de nuestra cultura. Por curiosísima convergencia, el hermano Damasceno fue quien enseñó a

¹ Luego de escrita esta semblanza se ha editado un libro —*Hermano Damasceno, un aporte a la cultura uruguaya*, por Néstor Achigar, Hugo Varela y María Beatriz Eguren, Montevideo: Colegio Sagrada Familia, 2003—, de tal calidad y justa erudición, que él también es un real aporte a nuestra cultura; por lo tanto, de una ineludible lectura.

leer a mi padre y también a mí, ¡lo que implica un lapso de cuarenta años! Al llegar al país, con apenas dieciocho años, en 1891, fue maestro de primer año de escuela de mi padre, Alberto Mañé (1884-1960), con quien guardó una sólida y sentida amistad que se prolongó durante el resto de sus vidas, en la colaboración en actos en el Colegio Sagrada Familia, en la contribución con párrafos en su *Ensayo de historia patria*, en apacibles, sabrosos y bien regados almuerzos en el siempre recordado Clos Sainte Anne, la bodega y chacra de los hermanos en Progreso. En dichos almuerzos, alternaban, en un bien cuidado francés o en español, los comentarios sobre períodos conflictivos de nuestra apasionante historia política, a los que seguían largos partidos de bochas que sólo se terminaban con la última luz del crepúsculo.

Por mi parte, al iniciar mi ciclo primario, en 1932, fui alumno del Colegio, pero tenía —y la sufrí muchos años— dificultad para leer, lo que hoy llamamos *dislexia*, hecho que me hacía difícil seguir el ritmo progresivo de la clase. A este mal puso remedio el hermano Damasceno personalmente. En horas de recreo, después del almuerzo, me llevaba al recinto de solaz de los hermanos y sobre un barril, a la sombra de un vigoroso ombú, delectaba bajo su ayuda las páginas del famoso libro de José Henríquez Figueira: *¿Quieres leer?*

Posteriormente, ya en el ciclo liceal, fue mi profesor de Historia Americana. Pero agreguemos algo más, por demás insólito: ¡enseñaba también inglés!, lengua racionalmente aprendida, que articulaba con acento un tanto silabeado...

III

¿Cuál era su prestancia, su presencia física? Era la de un sólido y bien plantado *montagnard*, de estatura más que regular, ancho de espaldas, cuello corto, miembros fuertes, con unas manos que más parecían propias del manejo de la pala o del arado que de la prolífera y justa pluma que lo caracterizó. Tenía tez cetrina y rostro redondeado, armonioso y poco expresivo, de ojos pequeños pero de penetrante mirada, boca rasgada, labios finos de los que surgía su voz de cándida sutileza, sin dejar de insinuar una contenida sonrisa que hacía sentir su afabilidad y contenida emoción. Su presencia, a la par que infundía respeto, comunicaba también su inherente bondad, piedad y presencia espiritual, que mantenía una profunda comunión con su consustanciada fe. Si cabe compararlo con alguien, tanto en su físico como en su discurso, lo podemos hacer con la prestancia del papa Juan Pablo II; comparten ambos la vieja estirpe caucásica, en sus años más vigorosos y firmes: del mismo tamaño, la misma postura, recia y modesta, con expresión serena, discurso de estricta y similar claridad y convicción.

Su andar era pausado y firme, dispuesto al diálogo mas no a la charla, que conducía hasta concluir en una corta, vivaz y razonable sentencia. Su prosodia era como su andar: articulaba bien cada palabra, a la que lograba dar siempre un justo y único sentido.

Esa personalidad se debe relacionar con su procedencia, con su patria. Se lo ha identificado como francés, pero, si bien políticamente lo fue, procedía de la región del Chablais de la Alta Saboya, en los Alpes, entre el lago Lemán, el Franceguy y el *mont Blanc*. Esta provincia disputada entre los *vaudois* y los *savoyards* en guerras tanto políticas como religiosas (católicos contra calvinistas), recién bajo la prédica de san Francisco de Sales, se adhirió al catolicismo y se reunió a la Saboya.

IV

Nació el 8 de octubre de 1874 en la zona montañosa y rural cerca de la pequeña ciudad de Thonon (hoy Thonon-les-Bains), antigua capital del Chablais, donde nació también Henri Bordeaux (1870-1863). El Col de Péret (de su mismo apellido) domina el paisaje de fértiles valles y cumbres nevadas. La Haute Savoie es provincia enclavada entre Francia al oeste, Suiza al norte e Italia al sur y al este. Fue tierra disputada tanto por países como por lenguas y religiones. En efecto, esa región fue incorporada a Francia como un departamento recién en 1861, luego de un plebiscito (esto mismo muestra la diversidad). El *patois* que allí se habla está teñido de italiano, francés de los confines y hasta cierta influencia del alemán de Bohemia. En el discurrir de H. D. en lengua francesa, se notaba el recuerdo de aquella conjunción fonética. Era su francés claro, preciso, muy bien pronunciado; silabeaba palabras de modo más bien aprendido luego, en su noviciado de congregación francesa, en sustitución de su nativo *patois*. Si bien su hablar no era afectado ni rígido, estaba desprovisto de modismos, expresiones propias del habitual francés en uso. Lo mismo podría decirse del español, que hablaba con fluidez pero en el que dejaba traslucir la prosodia de su particular modalidad lingüística. Su religiosidad era ejemplar, inmanente a su entrega, plácida y serena, frugal, colmada de convicción y obediencia, más afín en su observancia a la severidad reformada.

V

Estas características, tanto físicas como mentales y espirituales, las comprendemos bien al considerar dicho origen. Nacido y crecido en aquellas

montañas de los Alpes, con ascendientes que durante largos siglos se habían consustanciado con una vida apegada a la tierra, a la vida del labrador, sencilla y consecuente con su destino y entregada a un ferviente fe cristiana, el hermano Damasceno era un *savoyard*, tal como nos lo pintan las novelas, en particular algunas de Balzac. Ello hace integrar a ese físico de *montagnard* su pensar concreto, atento a los hechos, ajeno a la fantasía, a su alma colmada de una fe cándida aunque exigida.

VI

Todos los escolares y liceales entre 1920 y 1950 conocimos los tres textos de *historia patria* de H. D.: el libro de escuela, el que era texto en la enseñanza secundaria y el de los estudios preuniversitarios: *Ensayo de Historia Patria*, a la que debemos agregar la *Cronología de la Historia Patria*.

La innata, consecuente y dedicada vocación docente de su autor hicieron de estos textos la base informativa de que disponíamos para integrar a nuestra educación una diáfana visión de nuestra historia, exacta, atenta a hechos y fechas, de sana orientación ideológica, de ingenuo sentimiento patriótico y religioso que a nadie pudo haber hecho mal, como lo ha dicho tan justamente Pivel Devoto.

Es común recordar las sentencias nítidas y resueltas con las que H. D. sintetizaba tanto una situación, como un personaje: «so pretexto de pacificarlo, el Brasil invadió el Uruguay», «un intrigante llamado Sarratea», «el virrey Sobremonte huyó cobardemente», «el gobierno de Giró fue tan agitado como breve», «Francisco Antonino Vidal fue tan eminente médico como desastroso gobernante», «Atanasio Lapido fue presidente un día», etc. Han quedado como eslóganes que aplicamos con sano humor a cualquier juicio que requiere una rápida sanción.

VII

Recordamos pues a este pedagogo vocacional y entusiasta y debemos tenerlo como un dilecto historiador, pues si bien no fue un investigador académico, supo dar a la enseñanza de la historia un sentido concreto y real, armonioso y disfrutable con su estilo llano, sensible y cariñoso, que inspira optimismo y tolerancia.

Con verdadero deleite se recorren hoy sus páginas, de las cuales brota su identificación pedagógica, hoy un tanto vetusta e ingenua, pero que bajo una aparente superficialidad guarda el rigor no deformado de los hechos, el

juicio ecuánime de las personas y la intención de conducta moral sana y moderada. En su texto de enseñanza media ya se ve la más elaborada intención de integrar una mayor latitud de juicios, de asimilar la historia a la cultura y a la vida social. Pero es en su *Ensayo de Historia Patria*, cuya primera edición es de 1900, donde su metodología de la historia se muestra más claramente. Refiere con precisión cronológica los hechos, traza objetivos, semblanzas, transcribe textos y juicios aclaratorios, integra conceptos generales de la cultura nacional, y con el siempre iluminador complemento de las figuras, más dibujos que fotografías, nos lleva con mano segura a gozar de una historia bien ordenada y depurada por la razón.

En el prólogo de la primera edición del *Ensayo*, H. D. justificó su esfuerzo haciendo hincapié en la necesidad de un texto que, siguiendo el programa oficial, permitiera, en forma ordenada y sintética, ofrecer los datos básicos para un sólido conocimiento de nuestra historia, texto que hasta ese momento no existía. En cuanto al orden, luego de brindar la información precisa ofrecía una selección de textos (*lecturas*, los llamaba) referentes al punto, tomados de la literatura histórica existente. Defendía el método cronológico sobre el conceptual o crítico en estos términos:

Os parecerá tal vez extraño que esas largas listas de fechas puedan facilitaros el estudio de la Historia: pues bien, creedme ellos serán un poderosísimo auxilio para no confundir los hechos unos con otros y ordenarlos en vuestra mente. Las fechas serán como *mojones* o *jalones* que os señalarán el camino para que no os extraviéis, o como una *escala* desde la cual podréis contemplar, conforme vayáis subiendo, las diferentes edades de la Patria.

Un hecho de enorme importancia es que el *Ensayo* fue el primer texto de historia nacional que incluyó la historia de nuestro país hasta el momento de su última edición, salvando de una manera realmente ejemplar, por su imparcialidad, las pasiones que despertaban las —justificables o no— encontradas opiniones, cuando no violentas ideologías.

VIII

Una consideración especial merece su *Cronología de la Historia Patria* (1914), un texto ineludible en la mesa tanto del docente como del investigador, pues, guiado siempre por el afán sistemático-pedagógico, el autor facilita la ubicación y evita omisiones, tanto en la síntesis de una clase como en la cita eventual de un estudio conceptual. Considera a esta *obrita*, como él la llama:

De modo que, a la par que forma de por sí un curso completo y metódico de Historia Patria, constituye así mismo un resumen utilísimo para recordar y un complemento indispensable de nuestro *Ensayo de Historia Patria*.

En el prólogo defiende el método cronológico en la enseñanza de la Historia, que no debe ser absoluto y memorista, sino racional y moderado, pero libre de anacronismos. Sobre esa propuesta de aprender «largas letanías» de gobernadores y batallas expresó:

El fin esencial es seguir a través de los tiempos la marcha de la sociedad hacia la civilización y el progreso, presentando los factores de prosperidad de los pueblos como también las causas de sus decadencias, a fin de que todo ello sea, para las generaciones presentes y futuras, fuente de provechosas enseñanzas.

A ello se atiende al hacer constar en la *obrita* estos esenciales aspectos socioculturales, y no deja de tener sabor, si bien ingenuo y cándido, este do-liente párrafo:

Ahora si con todo esto, las guerras y batallas ocupan todavía la mayor parte de esta obra historial, no se nos culpe a nosotros por ello: tal vez sea porque puede aplicarse también a las naciones y especialmente a la oriental, lo que dice Job de cada individuo: que la vida del hombre es una guerra continua.

Vale el epígrafe que hizo lucir en su portada la frase de Gianbattista Vico: «La cronología y la geografía son los ojos de la historia».

IX

Se ha achacado a H. D. la injerencia de su convicción religiosa en sus textos. Ya hemos visto la opinión que ello ha merecido de Pivel Devoto. Sin embargo, el Hermano Damasceno integra en sus libros la historia eclesiástica en el período durante el cual esta historia estaba constitucionalmente ligada al Gobierno nacional (1830-1918), y deja de hacerlo posteriormente. Lo mismo puede decirse de la cautela que guardaba al tratar los temas polémicos entre la Iglesia y el Estado, tanto durante la presidencia de Bernardo P. Berro (1860-1864), como durante las conflictivas relaciones de las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915). El otro defecto que se le atribuye es el de ser más propenso a adherir más a las ideologías del Partido Colorado que a las del Partido Nacional. Nada es más erróneo. Basta comparar los textos que dedica a Fructuoso Rivera y a Manuel Oribe para convencerse de el ecuánime juicio que trazó de ellos.

Obras menores, aunque no relegables, son sus dos artículos sobre su barrio montevideano —«Historia de la Aguada» y «La Aguada a través de la historia»— y su inefable «Cien años de historia patria vistos desde un avión». Cada uno de estos trabajos merecerían un sutil comentario, pues son también epítomes de su predica pedagógica.

X

No debemos omitir una referencia a los textos de aritmética, que tuvieron amplia acogida en la enseñanza primaria durante varias décadas. Se publicaron con el seudónimo *Pedro Martín* y en ellos colaboraron otros hermanos de la Sagrada Familia, pero en ellos prima la lógica pedagógica de H. D. Y no queremos dejar de recordar un delicioso texto, *Geografía elemental*, publicado en 1914, que es un resumen completo tanto de la geografía nacional como de la universal, todo ello en ¡190 páginas! Valen las figuras de la parte dedicada a la geografía nacional, que incluye una vívida y asombrosa descripción de los desuellos de reses en el frigorífico Liebig de Fray Bentos, así como lucen dibujos tanto de un gaucho como de un intrépido domador.

XI

Todo ello estaba presente en su noble presencia, que por sí misma se imponía como ejemplo de juicio justo y bondad, más que como religioso, en la simpleza resuelta de su siempre mesurado gesto, así como en su lenguaje pausado y cadencioso, nunca alejado de la prédica pedagógica.

Los años pasaron y permanecía en el trillo, revisando las nuevas ediciones de sus textos y en particular del *Ensayo*, que tuvo diez ediciones entre 1900 y 1955, ¡más de medio siglo!, la última publicada en el año de su fallecimiento. Agregaba, mejoraba, incluía nuevos hechos históricos o aclaraciones conceptuales para facilitar la comprensión y orientar al lector hacia una visión amplia y segura.

La figura gallarda y humilde que los años fueron mermando imponía respeto y también admiración, tanto a los alumnos como a amigos y visitas, así como a sus hermanos de congregación. Nadie se atrevía a discutirle ni a corregir sus deseos, los que nunca no eran en perjuicio de nadie más que de sí mismo.

XII

Así llegó su última enfermedad. Vencido, guardó cama con una debilidad progresiva; día a día se iba apagando. Los hermanos vieron la necesidad de consultar a un profesional para que los ayudara a atender mejor la declinante salud y compartir la responsabilidad de su cuidado. Luego de muchas vacilaciones, el más respetado de la comunidad se animó a decirle que era conveniente llamar al médico: su salud estaba ya muy comprometida. Sin inmutarse, el hermano Damasceno se negó a ello, con toda suavidad pero también con autoridad, y replicó más o menos con estas palabras:

Ha llegado el momento de entregar mi alma a Dios. Pero quiero hacerlo como lo hicieron mis antepasados de las altas montañas de la Haute Savoie, sin que acuda a tiempo el médico, pues cuando alguien estaba grave, se mandaba a la ciudad por él, y él emprendía el arduo camino de montaña, tantas veces cubierto de nieve, y cuando llegaba era para certificar la muerte.

Y así fue. Colmado de fe, pudo contemplar como un florecido valle desde una de sus añoradas montañas, desde la metahistoria, su firme vocación religiosa y su importante obra de entrega a la enseñanza. En oración y paz terminó sus días.

XIII

Hoy, al haberse cumplido ya el centenario del *Ensayo de historia patria* de H. D., no cabe sino reproducir el juicio que mereció de Juan E. Pivel Devoto al cumplirse cincuenta años de la primera edición:

Para lograr un texto de historia, lo esencial no consiste en que el autor sea un erudito, que sepa mucho más que otros, que sea católico o liberal, sino, sencillamente, que sea capaz de exponer con ecuanimidad, don de síntesis y eficacia de estilo, los conocimientos generales que su capacidad de didacta le indique como los más representativos para dar la visión del pasado. Esto fue lo que hicieron en su tiempo Francisco A. Berra y, en grado insuperable, el Hermano Damasceno. Dos didactas de raza. Con diferente criterio y opuesta orientación, pero con la indiscutible autoridad técnica que les acuerda el mérito de haber sido los autores de los dos mejores manuales que ha tenido la República, aun cuando corresponde señalar que muy distinta ha sido la influencia de uno y otro en la formación de una conciencia nacional. La contribución del *Ensayo* en este sentido reviste los caracteres de un hecho trascendente e innegable. En un medio

nuevo, con pocas tradiciones, lo que es peor olvidadas cada vez más, cuando una obra aceptada espontáneamente sirve de guía para el estudio de varias generaciones debe mirársela como una prenda del acervo cultural del país, desde que encierra valores de orden espiritual y afectivo, ligados a la formación de las ideas y sentimientos sobre el pasado nacional durante media centuria. Esa fue la realidad que percibimos el día que, al cumplirse los cincuenta años de la publicación del *Ensayo*, rendimos a su autor el homenaje que tenía bien ganado por su consagración casi legendaria a la enseñanza de la Historia Patria, como él la llamó. Homenaje que habremos de renovar al hojear espontáneamente su manual. Porque con la sugestiva reconstrucción del pasado expuesto con amplio y comprensivo sentido humano, que emerge de las páginas del *Ensayo*, en el que todos hemos aprendido, aparecerá siempre confundida en nuestro recuerdo la imagen bondadosa del Hermano Damasceno, que realizó en sus libros una obra perdurable de sana reafirmación nacional.²

Resumen

Esta exposición se plantea como una reflexión sobre H. D., quien durante más de medio siglo fue la principal referencia para la enseñanza de la historia nacional, desde la perspectiva testimonial de quien fue su discípulo. El autor resume los principales datos biográficos del hermano Damasceno, repasa los numerosos libros que este publicó a lo largo de su vida, defiende su obra de algunas acusaciones habituales y lo reivindica como pedagogo entusiasta y verdadero historiador.

Palabras clave: Enseñanza de la historia, Educadores, Historia del Uruguay.

Abstract

This exposition is contrived as a reflection on H. D., who, for over half a century was the main reference for the teaching of national history, from the testimonial perspective of one who was his disciple. The author summarizes the main biographical data of brother Damasceno, goes over the main books that he published in his life, defends his work from some common accusations and vindicates him as enthusiastic educator and true historian.

Key words: Education history, Teachers, Uruguay history.

² Juan E. Pivel Devoto: «El Hermano Damasceno. I. De los catecismos históricos al *Ensayo de Historia Patria*», «II. H. D. El Viejo Maestro», «III. La consagración pedagógica de H. D.», en *Marcha*, Montevideo, mayo de 1957.

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.